



Error al crear la imagen

El increíble castillo vagabundo (2004), Enrique Videla, guionista

Como muchos, dependí de los Studios Ghibli para sobrevivir la pandemia. Como tantos padres, abusé de la poética de Miyazaki para enseñarles a mis hijos lo que era el cine, para hacerlos entrar en mundos de fantasía sin la violencia, la truculencia o el comercio descarado de tantos creadores de contenido infan-

til. No uno, sino mis dos hijos tuvieron un amigo imaginario llamado "Totó" en su primera infancia, sus propios vecinos Totoro personales a la hora de crecer. Y aunque adoro las obras más conocidas, me gustaría detenerme en una joya subvalorada de Ghibli: *El increíble castillo vagabundo* (2004). Situada entre

sus películas más duras y antibélicas y las más inocentes y puras, tiene un equilibrio delicado y brillante. El castillo de Howl, mezcla de castillo *steampunk* y carrito de vendedor ambulante, es una obra maestra visual. Pero lo que realmente me conmueve es cómo expresa los temas más profundos de Miyaza-

ki: el rechazo absoluto a la guerra, la redención a través del trabajo sencillo y la sabiduría de la vejez. Hay compasión y perdón en cada rincón de esta historia: la bruja derrotada y débil, cuidada por la misma joven que maldijo, es una de las historias más bellas y generosas de todo Ghibli. ●



El niño y la garza (2023)

Yenny Cáceres,

autora de *Los años chilenos de Raúl Ruiz*

Son varias las películas Ghibli que atesoro, pero *El niño y la garza* (2023) es especial porque la vi en el cine con mi hijo, que tenía nueve años, y la gozó. Es hermosa a tantos niveles, que emociona saber que más de cien mil personas fueron a verla en Chile. Visualmente es un prodigio, una clase de animación en la mejor tradición del estudio Ghibli. También es un compendio de la carrera de Hayao Miyazaki y de historias clásicas, como *Alicia en el país de las maravillas*. En su despedida, Miyazaki repasa temas que han atravesado su filmografía y el imaginario de la cultura japonesa: la Segunda Guerra Mundial, el viaje del héroe, los mundos paralelos y la muerte. Pero la historia de Mahito, un niño que pierde a su madre en un incendio, también es universal, y es sorprendente su sincronía en algunos pasajes con la entrañable *Petite maman* (2021), de Céline Sciamma. Larga vida al maestro Miyazaki. ●

El cuento de la princesa Kaguya (2013)

Matías Latorre,

cofundador de Marmota Studio

Mi Ghibli favorito es *El cuento de la princesa Kaguya* (2013), de Isao Takahata. Como uno de los fundadores del estudio, su último trabajo antes de fallecer es una tragedia conmovedora. La animación, inspirada en el arte tradicional japonés *sumi-e*, utiliza pinceladas de tinta y acuarela que no solo son hermosas sino que transmiten visceralmente cada emoción de la historia. Todo se siente más crudo y, sobre todo, más sincero. El final es lo más interesante. Para algunos, es trágico; para otros, agridulce. Depende de tu propia visión con respecto a los temas que trata la película. ●

Mi vecino Totoro (1988)

Paula Frederick,

editora Cultura Radio Duna

La historia de las hermanas Mei y Satsuki y su encuentro con Totoro, la maravillosa criatura que representa con dulzura la inevitabilidad del crecimiento, es una fábula que abarca distintos niveles de la experiencia humana y conmueve en cada fotograma. A su vez, indaga de forma mágica en los mitos y la sabiduría de un pueblo experto en subrayar su propia tradición, creando un imaginario basal en la filmografía de Hayao Miyazaki. Totoro es, sin duda, el más encantador de los espíritus del bosque que nos ha regalado Ghibli, el amigo imaginario que todos alguna vez quisimos tener, y que nos transporta directo a un mundo onírico y cálido, donde los sueños toman distintas formas y lo cotidiano se vuelve extraordinario. Como todas las películas de Miyazaki, *Mi vecino Totoro* es un abrazo cinematográfico que llena el alma. ●